

LA VANGUARDIA

Presidente del Consejo de Administración de T.I.S.A.:
Don Carlos de Godó, Conde de Godó

Editor: Javier de Godó

Consejero de Dirección: Horacio Sáenz Guerrero

Director: Francesc Noy

Director adjunto: Manuel Ibáñez Escofet

Subdirectores: Jaime Arias, Luis Foix, Roger Jiménez, Vladimir de Semir

Secretario general de la Redacción: Josep M. Casasús

Redactores-jefe: Lorenzo Gomis (Coordinación editorial), Carlos Nadal (Internacional)
Francisco González Ledesma (España), Miguel Martín y Joaquín Escudero (Cataluña)
Domingo García (Deportes), Angeles Masó (Espectáculos)

Ignacio Grases (Edición), Manuel Lamas (Diseño), Miquel Villagrana (Confección)
Economía: Juan M. Hernández Puértolas - Cultura: Josep Ramoneda - Política catalana:
Margarita Sáenz-Diez Trías - Religión: Jordi Piquer - Sucesos: E. Martín de Pozuelo

Administrador: Ramón Pascual - Director General: Carlos Fajardo

Adjunto a Gerencia: Germán de Beascochea

Director Técnico: Jaume Francés - Talleres del Pueblo Nuevo: José Romero

Contabilidad y Presupuestos: Josep M. Massó - Publicidad: Angel García Latasa

Personal: Joan Pons - Compras: Juan F. Morillo - Distribución: Pablo Tesón

Secretario de Administración: Esteban Sillué

Jefe de la Secretaría del Editor: Enrique Moreno

Difusión controlada por O.J.D.

RENFE, en vía muerta

La huelga intermitente de los trabajadores de RENFE, que ayer cumplió su primera entrega y que se repetirá en principio durante los próximos días 7, 14, 17 y 21, es de aquellas cosas que, por muchas razones que le amparen, son imprementables ante la opinión pública. Lo mínimo que puede decirse de esta convocatoria, que no parece ajena a la estrategia de acoso al Gobierno impulsada por el sindicato comunista CC.OO., es que es inoportuna y desafortunada.

La huelga de los trabajadores del ferrocarril, a quienes desde luego asiste el pleno derecho de acogerse a este recurso para defender sus reivindicaciones, se produce precisamente cuando los heroicos usuarios del tren y, en general, los contribuyentes de este país no paran de hacerse cruces ante el nivel de despilfarro y caos empresarial alcanzado por RENFE, a juzgar por las recientes conclusiones de la llamada Comisión de Estudios de los Ferrocarriles Españoles (CEFE).

Ir a la huelga para exigir, entre otras cosas, que la empresa cumpla el compromiso de ampliar la plantilla en seis mil nuevos empleos, cuando sólo la nómina de los 80 mil trabajadores de RENFE representa el 140% del total de ingresos de la compañía y las pérdidas de ésta durante el pasado año alcanzaron la vibrante cifra de 120 mil millones de pesetas, puede resultar hasta ofensivo para el sentido común, por más que se vulnere un pacto entre trabajadores y empresa y que el sentido común haya abandonado hace tiempo la gestión de ésta.

Hay que admitir que, con todo, la exigencia de que se cumpla un acuerdo bilateral en todos sus términos parece una cuestión de estricta justicia. Lo discutible es no distinguir lo justo de lo necesario y utilizar una medida de fuerza que lesiona, sobre todo, los intereses directos de quienes hasta ahora han contribuido tan generosa como indiscriminadamente -aunque sin saberlo, desde luego- a sufragar las pérdidas de RENFE por vía de los presupuestos generales del Estado, recibiendo a cambio un pésimo servicio. No hace falta decir que hablamos del ciudadano, pasajero eventual del ferrocarril, pero socio benefactor y vitalicio de las arcas del Estado.

Sin embargo, todo parece indicar que la huelga es, en el fondo, un nuevo pulso entre CC.OO. y la UGT frente a la política de ajustes económicos del Gobierno, forcejeo que se desarrolla sobre la que con todo merecimiento es la primera empresa pública del país, tanto en volumen de plantilla como en pérdidas económicas. En cualquier caso, los sindicatos hacen en definitiva su papel; la verdadera papeleta corresponde al Gobierno, que tendrá que hacer mucho y bien para convencer finalmente a los papás para que vengan en tren sin que la proeza le cueste, además, la mitad de sus impuestos.

Motocicletas: una reconversión inaplazable

La suspensión de pagos de Montesa debe constituir el último toque de atención para que emprenda, de una vez por todas y con el respaldo de la Administración central del Estado, la reconversión del sector de las motocicletas, cuyo grueso se concentra en Cataluña. Dicha reconversión ha merecido una atención preferente por parte de la Generalitat, que tras arduas negociaciones consiguió el año pasado poner de acuerdo a las empresas y a los sindicatos para racionalizar el sector, básicamente mediante el reagrupamiento de las empresas, las pérdidas indemnizadas de una serie de puestos de trabajo y las correspondientes inversiones. Naturalmente, faltaba encajar este acuerdo en el marco general de las reconversiones industriales, con los beneficios fiscales y financieros anejos.

La conclusión del acuerdo coincidió prácticamente con el cambio de Gobierno y, a pesar que desde el Ministerio de Industria se ha estudiado el tema con interés, la inacción está conduciendo al sector a una situación cada vez más difícil, porque la capacidad instalada supera en mucho a la demanda potencial.

Y, sin embargo, parece claro que el sector, convenientemente dimensionado, posee futuro, y esta afirmación no se basa en un voluntarismo romántico. La confianza que han mostrado algunas empresas multinacionales en suscribir acuerdos con estas firmas -simplemente comerciales, como en el caso Montesa-Honda, o mucho más ambicioso, como la constitución de Semsá- demuestra que su supervivencia no es una quimera. En definitiva, la reconversión del sector de las motocicletas parece entrar de lleno en el campo de las operaciones en las que la inversión de un dinero público -infinitamente inferior al que se requiere en otros casos- parece sobradamente justificada.

La alegría que pasa...

No es la primera vez que lo digo: no veo «alegría» a mi alrededor, sea donde sea el sitio en que me encuentre. Puede que siempre haya sido así. Al fin y al cabo, ¿qué es la «alegría»? Como la «felicidad» y como otras palabras de signo optimista, la «alegría» es de una vaguedad semántica total. Porque ni siquiera la risa sirve para certificarla. No por mucho reír se está más alegre, y eso lo sabe el mundo. A menudo ni nos damos cuenta, pero reímos en vez de -por ejemplo- llorar. El abuelo Rabelais sostenía que sólo la risa es lo propio del hombre, y tenía razón. El resto de la zoología no practica este ejercicio, y lo que cuentan de las hienas o de alguna otra alimafia digamos «carcajeante» no pasa de ser un chisme antropomórfico. Sólo el hombre ríe, desde luego. Pero ni los psicólogos más sutiles -y todos los son, por la cuenta que les tiene- han sabido establecer ningún nexo entre la risa y la alegría. Por ejemplo, solemos reírnos de la desgracia o del ridículo ajenos: ¿es eso «alegría»? Un chiste nos hace reír: Bergson estudió el asunto, en un libro que ya nadie lee. Y no digo que no estuviese en lo cierto, en sus observaciones: Henri Bergson, judío y filósofo, no pudo ser hombre de broma.

Y no quiero decir que «broma» y «alegría» sean equivalentes. Por lo general, así es aceptado y de ahí que la «alegría», con frecuencia, vaya unida a unas copas de más, a una gamberrada ingeniosa o al choteo respecto al prójimo, o sea, la burla. No estoy muy seguro de que nada de eso sea precisamente «alegría». Y prefiero este término, ahora, al de «euforia». Quizá en griego es lo mismo, o lo era. O quizá no. Estos matices los dejo a los lingüistas que, habitualmente, tampoco son personas «alegres». A lo que voy es a una pregunta básica: ¿qué es la «alegría»? Empleamos burdamente las palabras, y cuando nos detenemos a analizarlas, si a eso llegamos, las descubrimos vacías de sentido. No todas -¡alto!-, y el «lenguaje» no sólo es una cuestión de sintaxis, o de lógica, como creía Wittgenstein y sus seguidores creen. Wittgenstein nunca supo lo que podría ser la «alegría». Ni Bergson. Y personalizo el asunto porque no hay otra manera de hacerlo. ¿Ustedes se imaginan un judío alegre? Desde el pacto de Abraham con Jeová dejaron de serlo, y eso llega hasta Kafka, con los guetos y los progroms incluidos.

Entre los paganos, la cosa no funcionó mejor. Toda la fauna filosófica antigua -la clásica, empezando por los presocráticos, cuando menos, y en Occidente- fue bien poco «alegre». Más bien fue siniestra, desde Platón y Aristóteles, pasando por Boecio y santo Tomás, llegando a Kant y a Hegel, y los posteriores, como el señor Heidegger, el señor Sartre, ¿y quién más? Ya no hay filósofos geniales... Tampoco parece que la «alegría» fue ingrediente de las operaciones metafísicas orientales. Ni de las nuevas ge-



Jean Paul Sartre

neraciones promovidas por el neocapitalismo y sus multinacionales. No es lo mismo el «placer» que la «alegría». Digo yo. Los escolásticos aseguraban que al placer le sigue la tristeza. «Post coitum, tristatur». Y «omnia animalia». Lo cual es dudoso, punto por punto. Al fin y al cabo, ni Aristóteles, ni santo Tomás, ni sus discípulos (Maritain incluido) llegaron a enterarse demasiado sobre los entretenimientos sexuales de los peces, las aves y los extinguidos dinosaurios. Los filósofos nunca se enteraron de nada. Y siguen en ello. Sea como sea, tampoco se podría llegar a la equivalencia de «placer» igual a «alegría». Yo no suscribo el «tristatur» de la Patrística, pero una experiencia universal, y estadísticamente aceptable, proporciona la evidencia de que, tras un embrollo genetal, la conclusión es la «alegría». Tampoco la «tristeza». En este extremo, la cosa es clara. La fornicación habitual y, ni la esporádica, no produce «alegría»: será una gratificación biológica tan necesaria o tan pícaro como se quiera. No es la supuesta «alegría». No es el «tristatur» de los puritanos, ni mucho menos. Es «otra cosa».

Y esa «otra cosa» tampoco es alegre. Es lo que llamamos «placer»: a falta de un vocabulario más estricto. «Placentero» y «alegre», en castellano viejo, suenan a sinónimos. Y no lo son. No lo fueron. Lo «placentero», incluso en «La Celestina», no es eso que ahora sería lo «alegre». Cuando Romeo se despidió de Julieta, con la alondra al fondo -¿era una alondra?-, no se iba «alegre». Ni tampoco Calixto y Melibea. Ni

tampoco la Francesca dantesca y su amante, que leían un libro cómplice... Estas célebres anécdotas no tienen nada que ver con la «alegría».

Y, en definitiva, ni filósofos ni psicólogos alcanzan a «conceptuar» la alegría. Ni los sociólogos. Puede que la «alegría», en manos de expertos, lograrse ser una «categoría» sociológica. De todos modos, me gustaría leer una definición de la «alegría» confeccionada por los sociólogos para sus encuestas. Estas bobadas no llevan a ninguna parte. La sociología, aunque tenga cátedras bien dotadas, no es exactamente una «ciencia» sino una manera de «pasar el rato». Yo nunca he conocido a ningún sociólogo que sea una persona seria, ni he leído -y he leído muchos- libros de sociología que no sean alegatos políticos, sociales o nacionales, o mejor dicho, nacionalistas, como los del popular don Amando de Miguel. Un admirado historiador dijo una vez que la «historia» tendría que ser la «sociología del pasado»: de acuerdo. Pero no serán las juergas pseudo-sociológicas de ese circo ambulante que es la Universidad Menéndez Pelayo, y que en Sitges ha derramado su estupidez: una estupidez que va desde mi (¡ay!) paisano Pepin Vidal hasta el anciano profesor Tierno. En Santander, o en Toledo, estos embrollos pueden ser tolerables. En Sitges nos avergüenza a los indígenas desde Salses a Guardamar y desde Fraga a Maó.

PERO mi problema es la «alegría». Y no existe la «alegría», sociológicamente hablando. Si que existe: de vez en cuando, todos nos sentimos «contentos» por algo, y eso es una aproximación a la «alegría». ¿pero es «alegría»? La verdad es que no nos damos cuenta de lo que las palabras nos ponen. Por ejemplo, un día, un fulano puso en circulación la palabra «eternidad», o la palabra «nada», y ni «eternidad» ni «nada» eran nociones inteligentes, pero una vez el filósofo o el sacerdote inventó y promovió su uso, desde las beatas a los profesores de universidad no han cesado de rumiar. Y, antes, o a la vez, inventaron el «ser» y el «ente» -tendrá que ser lo mismo, digo yo-, y luego la «existencia» que todos los que vivimos, mientras vivimos, identificamos con nuestro insolente deseo de retardar nuestra muerte.

¿Qué es el «ser» y qué es la «nada»? Y sigo preguntando qué es la «alegría». Y dejo el problema para «ellos»: para los filósofos «profesionales». Para mi amigo Aranguren, para el bobo de Ferrater Mora, para mi querida víbora Rupert de Ventós. Y para Manolo Sacristán... Sospecho que, en el fondo, nadie se siente alegre, ni nadie es alegre por definición.

Una solución sería inhibirse. Pero ¿quién con un mínimo de «conciencia» lo haría?

Joan FUSTER

Cartas de los lectores

Dictaduras

Señor Director:
Mi más calurosa felicitación a don Manuel Ibáñez Escofet por su escrito «Todas las dictaduras son iguales».

Al señor Montarde también le felicito por su censura a esas voces partidistas que sólo ven la otra dictadura que no es la suya.

Es admisible que esa clase de censuras las hagan quienes sólo aprendieron a leer en el «Catóton», pero que las hagan señores licenciados más bien puede calificarse de infantilismo.

Las dictaduras de Rusia, Cuba, Polonia y otras, también son dictaduras.

Juan CORRAL

El ambulatorio de Sant Joan Despí

Señor Director:
Me dirijo a su periódico para hacer un llamamiento sobre la necesidad de mejorar, dentro de lo posible, el ambulatorio del barrio de Sant Joan Despí (Les Planes). Dicho ambulatorio no reúne las condiciones necesarias para ser considerado como tal. Allí el enfermo es visitado solamente por el médico de cabecera, ya que no hay especialista de ninguna clase, por lo que el paciente se ve obligado a desplazarse al ambulatorio más próximo que se encuentra situado en Cornellà (llamado 18 de Julio), incluso cuando debe hacerse un análisis.

Sólo pido, en nombre de todos los vecinos, una mejora en dicho ambulatorio. Como mínimo el poder hacer un análisis, al igual que poder ser visitado por

un especialista. Se me dirá que ya se está tomando medidas, pero creo que deberían pasar a la acción y dar más credibilidad al asunto.

Gregoria LOPEZ JIMENEZ

¿Por qué no podemos pasar a nuestras casas?

Señor Director:
¡Hay, ay, ay, ay, canta y no llores! Esta popular canción la cantaba cuando yo era joven, ahora a mis setenta y cinco años la sigo cantando y al final lloro. Vivimos hace muchos años en una «urbanización de prestigio» yo la llamo de «desprestigio» entre Molins de Rei y Cervelló. El actual Ayuntamiento de Cervelló no nos hace caso y que conste que no son socialistas, son independientes, quizá será por eso que no se preocupan de nada.

Tenemos abierto un paso para entrar en nuestra urbanización, para ir a nuestras torres y casas. Debo decir que todos los que allí vivimos para bien o para mal, tenemos el paso abierto frente a la carretera que va a Corbera. Pues bien, los agentes de tráfico, a pesar de tener el paso abierto, no nos dejan pasar y nos hacen dar vueltas y vueltas, tantas, que algunos días, cuando están, no he podido ni comer ni cenar en casa y muchos días me encuentro mareado

cantando el ¡Ay, ay, ay, ay!

Yo suplico a la Jefatura de Tráfico se dé una vuelta por allí y que instruya a sus agentes sobre si debemos o no pasar. Si no podemos que la Jefatura nos tenga preparada la comida, no pedimos la cama porque por la noche no hay nadie, pero por lo menos que nos dejen cantar el ¡Ay, ay, ay, ay!, con tranquilidad, teniendo en cuenta que en 1984 nos aumentarán notablemente el impuesto de circulación.

Miro. Jaime MESTRES

Colectivos «paganos»

Señor Director:
Sepa usted que en este país aún hay «colectivos» que suelen pagar el pato. Le hablo en mi caso como funcionario que soy desde hace más de veinte años. Profesor de EGB, por más señas.

Verá, este es el caso que le expongo: resulta que ahora los hijos de funcionarios tienen que pagar íntegramente sus matrículas, después de que durante muchos años se les reconociese como «derecho compensatorio», «plus-sueldo» -y no privilegio- la exención en pago de matrículas. Fue, y aún es hoy en día, un derecho por ser el colectivo funcional mal retribuido. Ahora, cuando la economía española necesita hacer crecer

dinero hasta de las piedras, el Gobierno socialista, al que respeto, busca sanear su economía a cuestas de los más sufridos, los que tiene más a mano. Se nos pide a los funcionarios la aceptación «obligada» de un aumento salarial por debajo del mínimo establecido, o, en el mejor de los casos, lindando el mínimo, a la vez que se amputa, «saltándose los requisitos legales y los procedimientos de derecho», cualquier resolución favorable a nuestras muy deterioradas economías. Así, lo sabemos todos, no se llega ni a la justicia social ni a la solidaridad. Siguen pagando más los que menos tienen, porque los que menos tienen -señor Director- son los de control más fácil.

E. MARTINEZ
Profesor de EGB
(Sabadell)

Autopropaganda en TVE

Señor Director:
Resulta descaradamente evidente, el uso y abuso que hace nuestro Gobierno del medio televisivo, sobre todo si se compara con el tiempo que se permite a la oposición, dar sus opiniones. Solamente con esta postura, creo que dejan de tener credibilidad los argumentos socialistas de mantener una televisión democrática, al tiempo que única y estatal. Por otro lado empieza a resultar sospechosa la eficacia de la gestión gubernamental, cuando tanto se precisa de la autopropaganda televisiva.

M.ª A. LAGUNA